

GIROS Y CORRESPONDENCIA  
 :::: A NOMBRE DE ::::  
 ANDREA PAREDES

## GUERRA Y PAZ

En estos días en que tanto se comentan las perspectivas de paz, convendría analizar un poco si los resultados de esta guerra—los actos punibles de los gobernantes, los actos criminales contra los hombres avanzados en todos los países en guerra, las inútiles desvastaciones y destrucciones por ambos grupos de beligerantes y, los millones de hombres jóvenes y fuertes sacrificados torpemente a la idea de patria—, compensan en algo los sacrificios que ha impuesto al mundo. Porque es necesario destruir la leyenda de que solo en Alemania imperaba el factor de la guerra y, que desde allí sencillamente partía el rayo de Marte. En cada gobierno constituido, residen gérmenes de guerra y en sus manos, están concentrados los posibilismos de una hecatombe mundial.

En la existencia de los gobiernos radica el verdadero peligro de las luchas como la que padece actualmente el mundo y es natural entonces que los anarquistas los responsabilicen una vez más de los males terribles de que son factores en el seno de los pueblos.

Ni aún en el caso de que por consecuencia de esta guerra surgiere un cambio fundamental en la organización política y económica de los países en lucha y, una era de mayor libertad fuera inaugurada en el mundo, se justificaría esta infame carnichería humana, esta colección de horrores, solo explicables cuando descendemos con la imaginación a edades pretéritas, a la infancia del hombre, y lo contemplamos ignorante y bárbaro, viviendo en pleno salvajismo.

No hay mal mayor que la guerra, ni peste más terrible que ese ardor bélico que se apodera de las masas y las precipita bestialmente a un inútil sacrificio.

El poco amor a la propia vida y el no amor ni respeto por la vida de los otros, aporta a la humanidad tan graves males, como los que estamos presenciando desde hace más de cuatro años.

¿Y cuál será el ocaso de este mal? ¿Dónde las bases definitivas de paz que de verdad restablezcan una relación armoniosa y amiga entre los pueblos?

Pronto va a cumplirse un año que Wilson presentó sus 14 cláusulas pacifistas, que ahora aceptan integralmente los imperios Centrales, pero que no las sostienen quienes las propusieron. Esas cláusulas, si hubiera un poco de amor a la vida de los hombres y un poco de responsabilidad, en los hombres de gobierno, hubieran traído la era de la calma, el cese de esta matanza innecesaria. Pero a los gobiernos no les importa la muerte de los hombres más fuertes de su país, lo que le importa es humillar al vencido, es saciar los deseos de rabia-

sa venganza, poseidos como están de furor homicida.

La guerra es esto: una lucha, un fermento de pasiones delincuentes que se sobreponen a toda manifestación de cordura, a todo acto racional e inteligente.

Responsables de todo esto, directos, sin atenuantes, son los hombres que gobiernan, los hombres que tomaron y aún mantienen la iniciativa de la pelea sangrienta.

Alguno de entre ellos, para justificarse, vindicar esta guerra y darle un carácter libertador y progresivo, ha presentado tres objetivos que deben ser alcanzados antes de abandonar las armas.

«En primer lugar—decía Lloyd George, en Enero del año corriente hablando ante las organizaciones obreras—hay que restablecer la santidad de los tratados; en segundo lugar precisa obtener un arreglo territorial, basado en el derecho a la auto-decisión o en el consentimiento de los gobernados; y finalmente debemos buscar, mediante la creación de alguna organización internacional, el límite a la carga de los armamentos y la disminución de las probabilidades de la guerra».

«En estas condiciones—agregaba aquel político—el imperio Británico acogería la paz complacido; y para alcanzarlas, sus hijos están dispuestos a hacer mayores sacrificios todavía de los que han hecho hasta ahora.»

Así se hablaba cuando los aliados no habían alcanzado un dominio preponderante en los campos de batalla; ahora que esto último ha sucedido, en cambio de razones positivas como las que hemos transcribo, háblase de indemnizaciones crecidas que han de imponerse a los vencidos, y se refocilan los políticos bellacos anticipadamente por las destrucciones y males que pueden llevar los ejércitos vencedores a las comarcas prósperas de las naciones enemigas, del aniquilamiento de sus pueblos si resisten someterse incondicionalmente a las imposiciones de las potencias triunfantes.

Con todo esto, solo queda en lo alto una certidumbre: el ideal de la autonomía del hombre.

La anarquía, es el único progreso real, el único efectivo, por cuanto significa la liberación integral del individuo, por arriba de razas y de patrias, la rebeldía a todo sujegamiento y tiranía de uno o de muchos hombres. Con la anarquía, llegamos al ocaso de los gobiernos, a la desaparición radical del despotismo, a la afirmación de la soberanía del hombre en el mundo.

Para el anarquista no hay alemanes mejores que franceses, ni ingleses mejores que turcos, ni rusos, ni italianos, ni chinos, ni americanos; hay hombres simplemente, hombres que pueblan el orbe, que sienten, que aman, que tienen derecho a la vida, a la vida amplia y libre, que tienen el derecho natural de disponer de sí mismos como les plazca.

El picnic de "El Hombre" debe ser un exponente de la cultura anarquista.

## El arbitraje obligatorio

Políticos sin duda han de ser quienes defienden el arbitraje obligatorio en los conflictos entre el capital y el trabajo. Políticos y parásitos, que intencionan paralizar la acción reinvindicadora del proletariado y contener la conquista de sus reales mejoras económicas, conjuntamente con la valorización de la personalidad del obrero, no siempre respetada como se debe por el capitalista.

Pero torpe es el empeño, y fracasado será sin duda alguna. Los trabajadores jamás acatarán disposiciones que le cierren el camino de sus luchas, ni permitirán que se amputen sus derechos y atribuciones sociales.

El capitalismo ha de sufrir la suerte que le está deparada. Si es inútil en el medio social, si cumple una función innecesaria y se nutre a expensas de las fuerzas vivas del trabajo, es de esperar que este le elimine algún día emancipándose radicalmente de su tutela y disciplina.

No hay ningún obrero que levante su voz en favor del arbitraje; todo lo que se dice y se propaga viene del campo enemigo, del campo de la burguesía.

¿Y pueden los burgueses buscar conscientemente algo que vaya contra sus intereses y que favorezca los intereses antagónicos a los suyos...?

Se comprende sin esfuerzo que no, que si algo traman, si algo se esfuerzan por imponer es porque en ello le va una conveniencia positiva y un beneficio real.

Ahora, pues, que vuelve a agitarse la cuestión del arbitraje obligatorio contenido en el proyecto de ley de huelgas de Salgado, conviene estar alerta y combatirlo a tiempo, por más que estamos seguros de la imposibilidad de su aplicación.

La ley de arbitraje como la que pretende negarle el derecho de huelga a los obreros del Estado, son torpezas políticas de políticos imbéciles, que no se han preocupado nunca de conocer a fondo el espíritu de los hombres de trabajo, cuales son sus ideas y a cuanto importan sus fuerzas como valor social.

Si hubieran hecho esto, no se sindicarían como enemigos del proletariado, ni harían el feo papel de quedar en ridículo ante el mundo al intentar imponer dos leyes que son consideradas, en los tiempos que corren, como atentados al derecho y a la vida del proletariado.

## El cuento de la paz

Mucho han sonado las bocinas de la prensa anunciando y celebrando probabilidades de paz, noticias de la capitulación de Alemania y de la abdicación del Kaiser. Y los aliados se han lanzado por las calles vociferando palabras de victoria, y aclamando a las figuras representativas del gran crimen. Mas luego el desmentido, la enmienda, ha caído sobre las masas como un balde de agua fría, sosegando las exaltadas imaginaciones movidas, más que por un sentimiento humanitario, por las parcialidades exitistas.

Es que el frío y miserable juego de bolsa, los manipulos criminales de los poderosos agiotistas, por centésima vez en el transcurso de la gran tragedia han movido a su antojo las conciencias, embaucándolas y sorprendiéndolas con los noticiosas que por sus transcendencias en los círculos comerciales influyen para el lucro y la usura. No ha tenido otro móvil ese famoso telegrama de Amsterdam rectificado desde Londres una hora después.

Es la parte de engaño, de alta comedia, de embaucamiento miserable que le toca a los espectadores de la guerra, así como a los actores. A los soldados les toca la ilusión de luchar por libertades y justicias que nunca concederán los capitalistas, dueños del mundo, egoistas y ladrones tanto en la paz como en la guerra.

## Velando por la moral

### Nuestro próximo picnic

En cualquier parte que nos halemos, serán nuestras acciones las que pongamos como ejemplo. No en balde, luchamos por la perfección del hombre; que es a la postre nuestra propia perfección.

Dicho esto, casi estaría demás el afirmar que el picnic que tenemos proyectado, debe ser el fiel reflejo de la moral de los anarquistas; ya que por ellos y para ellos será realizado.

No llega, pues, ni siquiera a rozarnos el adjetivo de «moralistas». Más bien: ello nos trae el orgullo de ser los iniciadores de una obra sana.

Nuestra aspiración, nuestra única aspiración es moralizar todo aquello que sea factible de mejoramiento. Y esto creemos conseguirlo. Confiamos en que los camaradas no han de poner reparos en centésimo más o menos, a condición de que el picnic, resulte un acto agradable.

## Comité pro-presos

Ha quedado reorganizada esta importante institución. Es necesario ahora que todos le presten su concurso económico y moral, para que su actividad no sea estéril y pueda cumplir ampliamente sus fines.

Algunas veladas y también un buen Pic-nic podrían darse a su total beneficio, en la seguridad de que con ella se haría obra buena.

\*\*

## EL CONGRESO OBRERO

¿Por qué el Consejo Federal de la F.O.R.U., no organiza el Congreso Obrero?

Cada día que pasa, es un día perdido para la organización. El descuido de los problemas obreros, es un crimen de los trabajadores más conscientes.

## Las ideas de Stirner

### EL ESTADO

*A juntamente con el Derecho, tiene necesariamente que proscribir STIRNER de un modo absoluto la institución jurídica que recibe el nombre de Estado. Su derecho no es posible el Estado. «Reverencia a la ley. Tal es el cemento con que se mantiene unido el todo político.»*

Tampoco existe el Estado porque el individuo reconozca necesaria la existencia del mismo para su bienestar, sino por considerarlo sagrado, porque «caemos en el error de creer que sea un yo, algo a lo que aplicamos el nombre de «persona moral, mística o política». Es preciso que yo, que soy efectivamente yo, arranje esa piel de león de yo con que se pavonea arrogante el comedor de cardos». Del Estado hay que decir lo mismo que de la familia. «Si la familia ha de ser reconocida y respetada en su existencia por todos y cada uno de sus componentes, es necesario que el vínculo de la sangre sea sagrado para ellos, y que el sentimiento de que se hallen animados este efecto sea el de la piedad, el de respeto a los lazos de la sangre, mediante lo cual cada uno de los parientes consanguíneos se convierte en cosa sagrada. Del propio modo, para todos y cada uno de los miembros de la comunidad política es preciso que sea sagrada esta comunidad, y que igualmente sea para ellos el concepto supremo el que lo es para el Estado». Y el Estado, «no solo tiene facultades para exigir esto, sino que está obligado a hacerlo.

Pero el Estado no es una cosa sagrada. «La conducta del Estado es la violencia, y mientras al ejercicio de ésta por parte del Estado la llama él mismo «Derecho», al ejercicio de la violencia por el individuo le da el nombre de «delito». Si no hago lo que él quiere, el Estado dirige contra mí con todas sus fuerzas sus garras de león y sus uñas de águila; pues es el rey de los animales, es león y es águila. Síos imponésale a mí también por la fuerza, no sois para él una autoridad sagrada, pues debería ser un ladrón. No os debes respeto ni estima, aun cuando él se haga estimar y respetar ante vuestro poder».

El Estado no es tampoco necesario para el bienestar del individuo. «Yo soy el enemigo mortal del Estado». «El bienestar común, como tal, no es mi bienestar, sino el ápice más extremo de la propia abnegación. El bienestar común puede prosperar grandemente, mientras que yo tengo que estar «humillado»; el Estado puede adquirir esplendor, mientras yo carezco de lo necesario». «Todo Estado es un despotismo, sean los despotas uno o muchos; sea que—como puede uno pensar perfectamente de una república—todos sean señores, es decir, que cada uno sea despotista de los demás». «El Estado deja que los individuos despiernen su actividad todo lo más libremente posible; pero no deben hacer cosas graves; no deben olvidarle a él. El Estado no tiene nunca más fin que el de poner trabas a los individuos, amansarlos, subordinarlos, convertirlos en subditos de alguna cosa general; y no subsiste sino mientras el individuo no es todo en todas las cosas, ni significa más

que la indudable y claramente marcada limitación de mí, mis ligaduras, mi esclavitud».

«Jamás se proponé como fin el Estado fomentar la actividad libre del individuo, sino exclusivamente la actividad ligada a los fines políticos». «El Estado procura impedir toda actividad libre por medio de su censura, su prepotencia, su policía, y considera el hacerlo así como obligación suya, por ser efectivamente obligación de la propia conservación». «Yo no estoy obligado a prestar todo cuanto pueda prestar, sino exclusivamente tanto como el Estado permite; no debo hacer valer mis ideas, ni mi trabajo, ni en general nada de lo mio». «El pauperismo consiste en que no se me dé valor a mí; es el fenómeno derivado de no poderme yo hacer valer. Por lo cual Estado y pauperismo es una misma cosa.

El Estado no puede consentir que se manifieste mi valor, y no existe sino a causa de esta falta de valor de mí; en todo tiempo ha venido a ser un medio de sacar utilidad de mí, es decir, de explotarme, de explorarme, de consumir mis fuerzas, no consistiendo tampoco este consumo sino en que yo cuide de una prole (proletariado); el Estado quiere que sea yo «criatura suya».

«El Estado no puede sufrir que el hombre mantenga relaciones directas con el hombre; se cree obligado a interponerse como... mediador, ... intervenir. Aparta al hombre del hombre para colocarse en medio de ellos como «espíritu». Por donde se ve que la Unión es cosa completamente distinta de aquella sociedad que pretende fundar el comunismo». «En la Unión depositas toda tu fuerza, todo tu patrimonio, y te haces valer; en la sociedad tienes que emplearte tú con tu fuerza de trabajo; en la una vivirás egoístamente; en la otra, humanaamente, es decir, religiosamente, como un «miembro» del cuerpo de este señor». A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

«A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

«A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

«A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

«A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

«A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

«A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

«A la sociedad le eres dueño de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, como un «miembro» del cuerpo de este señor».

## Las lecciones de la guerra

Primero, era posible asegurar la victoria de un pueblo sobre otro por medio de la espada. Ahora, ya no piensan así quienes tal afirmaron. De ayer a hoy, han sucedido varias transformaciones en la mentalidad y en las ideas de algunos gobernantes.

Primero, eran los alemanes y austriacos quienes proclamaban que el mejor derecho era la fuerza y la mejor ley era la espada. Ahora, han así, los aliados.

¿A qué se debe el cambio?

Débese a que la seguridad de dominar, la perspectiva de vencer en esta guerra es hoy de los aliados, como lo era ayer de los imperios centrales.

Cuando iban bien las cosas para Alemania, el Kaiser decía, que abría con su espada un camino para la paz victoriosa en Occidente, como había hecho en Rusia.

¿Van mal ahora? Pues hablan de que es necesario restaurar el derecho, por una paz duradera, obtenida por el concurso de las armas, es ya imposible.

En general, los gobernantes de ambos bandos, hacen mangas y capotes con el pueblo. Despues que han caido para siempre millones de seres, se nos dice que esta guerra no soluciona nada, no aporta ninguna ventaja para unos ni para otros, y que lo mejor sería volver al estado de cosas anterior.

En verdad, que causa indignación semejante cinismo gubernativo. Pero si los gobernantes quieren volver al estado de cosas anterior, los pueblos no deben permitirlo.

Los pueblos más avanzados, los hombres más conscientes tienen un propósito que defender, una obligación que cumplir, y ello es en síntesis, lo siguiente:

1. Suprimir el militarismo. Anularlo, no permitirlo bajo ninguna condición ni disfraz.

2. Eliminar a los gobiernos, por lo menos tal cual están hoy organizados. Procurar que los pueblos se organicen para las funciones sociales en un orden gremial, según sus gustos y aptitudes.

3. Adoptar los procedimientos de trabajo que han sido utilizados para la guerra, en un orden de paz. Abolir toda dictadura, todo poder coercitivo, que desnaturaliza las existentes.

4. Establecer un contralor efectivo sobre todos aquellos que intenten constituir una organización cualquiera, que sea susceptible de transformarse con el tiempo en una entidad militar. Un organismo militar, es siempre enemigo de la paz, un principio de guerra. Los que estimen la paz, los que respeten la vida de los hombres, no pueden tolerar aquello que puede llevar a los pueblos, hasta el crimen del militarismo.

5. La organización comunal, la red de municipios, es la primera organización que debe reemplazar al sistema imperante. Es el primer paso. Los municipios, son los soviets verdaderos; pero sin guardia roja, sin guardia amarilla ni verde, sin ningún organismo militar y de fuerza.

Si la paz trajera esto, los pueblos demostrarían cordura; pero quizás nos traigan, en cambio, una mejor industria guerrera.

Pablo Eltzacher.

## Independencia

Si bien algunos hombres han llegado a los umbríos de una civilización humana, luchando por la independencia del individuo, por su progreso, por su civilización al margen de todo imperativo colectivista y gregario, hay que reconocer también que la inmensa mayoría permanece en la era del clan, en plena organización social que revive cada día la era de la tribu, en las ideas prácticas, en las creencias, en las pasiones y sentimientos dominantes.

El estado en vez de perder fuerza va adquiriéndola. Y este fenómeno no debe mirarse, por parte nuestra, con indiferencia; esa indiferencia es inconsciencia, cuando no, es criminal. Los tránsfugas no son simplemente tránsfugas por una injusticia, una ofensa producen un estallido. Ese estallido es una hecatombe. Pero ese estallido es estacionamiento, oportuno, rápido; se impone.

Sólo así se consigue la hecatombe.

Prepararla, soñarla, quererla; es un daño que se produce. Es como la guerra, ella es criminal, así la guerra social. La vida no puede mirarse solamente por el lado del sufrimiento. El hombre debe tener la lástima ver a la juventud obrera y revolucionaria persistir en una táctica absolutamente anacrónica. Parece que se nos ha resbalado esa materia gris que hace forjar nuevas orientaciones a los pueblos oprimidos.

Hace más de doce años que las huelgas ya no asustan a nadie, y sin embargo, por quitarme allá esas pajas, se promueve un movimiento de huelga general revolucionaria.

Oreste Ristori, después de los sucesos de 1902, dijo en «L'Avvenire», que habría que pensar en otra forma de lucha, porque la huelga, como arma política era contraproducente. Hoy se repite con una inocencia desesperante, como un estribillo monótono, que la única arma de combate es la huelga.

El hombre que no defiende la libertad de opinión, que se embarga, que se pone encima una etiqueta colectiva, es un elemento de dependencia, aunque se titule a sí mismo de libertario.

1. Suprimir el militarismo. Anularlo, no permitirlo bajo ninguna condición ni disfraz.

2. Eliminar a los gobiernos, por lo menos tal cual están hoy organizados. Procurar que los pueblos se organicen para las funciones sociales en un orden gremial, según sus gustos y aptitudes.

3. Adoptar los procedimientos de trabajo que han sido utilizados para la guerra, en un orden de paz. Abolir toda dictadura, todo poder coercitivo, que desnaturaliza las existentes.

4. Establecer un contralor efectivo sobre todos aquellos que intenten constituir una organización cualquiera, que sea susceptible de transformarse con el tiempo en una entidad militar. Un organismo militar, es siempre enemigo de la paz, un principio de guerra. Los que estimen la paz, los que respeten la vida de los hombres, no pueden tolerar aquello que puede llevar a los pueblos, hasta el crimen del militarismo.

5. La organización comunal, la red de municipios, es la primera organización que debe reemplazar al sistema imperante. Es el primer paso. Los municipios, son los soviets verdaderos; pero sin guardia roja, sin guardia amarilla ni verde, sin ningún organismo militar y de fuerza.

Si la paz trajera esto, los pueblos demostrarían cordura; pero quizás nos traigan, en cambio, una mejor industria guerrera.

Bakunine creía, en su época, que los pueblos de Europa estaban perfectamente preparados para transformar violentamente la sociedad capitalista en sociedad productora. Con el tiempo y la experiencia, esa transformación no aparece factible antes los hombres de estudio, y por ende ya no se preconiza. El mismo Bakunine, si hoy existiese, se percataría de su error y no persistiría en su táctica, pues esforzarnos en mantener esa misión, despierta su inteligencia y no ofuscara entreteniéndose con una fantasía cualquiera.

Pensar hoy en una transformación social por medio de una tortuga en todo aquello que tiene relación con la independencia del hombre, con la belleza, la bondad y la idea de justicia.

Kropotkin que afirmaba hace veinte años, que la Revolución So-

## EL HOMBRE

Morris o Bellami, pero jamás una realidad. La realidad es que la sociedad no puede transformarse repentinamente: miles de años pasarán aún y el hombre luchará contra el hombre continuamente. Demos tregua al sufrimiento humano. Eduquemos! Ya llegarán la hecatombe! Mejor dicho, a cada instante la hecatombe se nos presenta: una injusticia, una ofensa producen un estallido. Ese estallido es una hecatombe. Pero ese estallido es estacionamiento, oportuno, rápido; se impone.

Sólo así se consigue la hecatombe.

Prepararla, soñarla, quererla; es un daño que se produce. Es como la guerra, ella es criminal, así la guerra social.

La voz dominante en esta solemne hora histórica, es la voz de los pueblos, la voz de las patrias; no es la voz de los hombres libres,

que gane su corazón el orgullo que es el padre del odio contra el vecino, llenando el mundo de separaciones artificiales, de barreras caprichosas, de patrias absurdas.

Los hombres, una vez colocados en este plano no son tales, sino que forman pueblos, constituyense en rebaños humanos, elevan la patria, como en otra ora se elevó a la tribu, al primero de los rangos ideales, y piensan, sienten, aman y odian en colectivo.

En el camino del hombre, considerado como entidad consciente, muy poco se ha avanzado desgraciadamente. La ideas que triunfan, que dominan, son ideas de colectividad, de masa, de mayoría; no son las ideas de la independencia, de la autonomía del hombre.

La voz dominante en esta solemne hora histórica, es la voz de los pueblos, la voz de las patrias; no es la voz de los hombres libres, de los hombres de carácter independiente, con personalidad propia.

FUERTES Y LIBRES

Un hombre que se estima a sí mismo no acepta, sin analizar previamente su contenido, ninguna idea por bella que parezca a simple vista.

El gran mal que padece la humanidad, es el de aceptar todo cuanto se le regale o se le dicte, por estúpido e irracional que resulte. La guerra, que es una monstruosidad, ha sido no obstante una idea dominante en el pueblo germano, una aspiración vital de la raza, un anhelo nacionalista.

Las religiones más absurdas y los cultos más extravagantes, tienen cultores y adeptos a millares, periódicos, templos y objetos de culto, lo que indica que el ser humano es un perezoso mental de primer orden, un gran torpe que en muchos aspectos confluye con la más baja animalidad.

El hombre, no puede hablar en su nombre, ni en el nombre de otros hombres. Es entendido, si habla como francés, como alemán, como inglés; pero no se le comprende, si habla en nombre propio, como hombre, como un ciudadano de su país.

Y dentro de la nación pasa otro tanto. El hombre se le oye y clasifica en un orden partidario, como liberal, conservador, socialista, católico, reaccionario, obrerista y hasta anarquista; pero no se le interpreta bien si se prescinde de la etiqueta colectiva.

Si, si; la etiqueta colectiva para todo, sean actividades o sean ideas, las que se manifiestan en la nación.

El hombre, entendido como una entidad responsable y libre, como un ser integral, no lo admite la nación.

## Generalidades

### LO COLECTIVO

El progreso de la humanidad es lento y torpe; camina a paso de tortuga en todo aquello que tiene relación con la independencia del hombre, con la belleza, la bondad y la idea de justicia.

Los hombres no se entienden en un plano de tales. No se sienten hermanos de especie, sino que se ponen etiquetas de raza y dejan

LA COMUNIDAD

nice la sociedad, confirman, siempre habrá que disponer las cosas de un modo conveniente a fin de que los mejores tengan ingeneria directa en la ordenación y mejor funcionamiento de las diversas fuerzas sociales, como así utilizar las diferenciales aptitudes de los hombres en un objetivo de beneficio común. Remarcado tenémoslo en la evidente unificación de procedimientos que sigue toda colectividad en formación; primero, creando sus estatutos, elaborando y sistematizando sus fuerzas y recién después enunciando sus finalismos.

Donde la comunidad habla, no se oye la voz del progreso del hombre.

La comunidad, traénos a la mente un recuerdo de lo pretérito, el punto de partida de la especie. En cualquier modo que se mire, es una viciosa uniformidad, una tendencia a la pereza, a la quietud, a la paz orgánica de las moléculas sociales. En la comunidad, parece todo concepto individual característico de progreso y civilización humana, huieren los conceptos de independencia, se malea la vida en la vulgaridad y chatura de una tranquilidad anuladora donde no surge una nota más alta que otra, una diferenciabilidad salvadora, un desentono con el medio que aporte un conflicto y cree con él, un calor revolucionario, un hálito de vida.

Una comunidad bien constituida, es equivalente a un guijarro, es un conjunto de moléculas idénticas, donde no surge nunca un movimiento de oposición, un conflicto de unas para otras, una actividad de échoque que es calor, luz y vida en todos los planos universales.

Contra la comunidad, han llegado los anarquistas. Son ellos, los que valoran al hombre por encima de todo lo colectivo; son ellos los que sobreponen la actividad del individuo por arriba de las condiciones estáticas de toda naturaleza; son ellos, los que introduciendo al hombre libre en el seno de la comunidad, la disgran, la descomponen en beneficio del progreso de la vida; son ellos un eterno motivo de choque, los inquietadores en todos los medios sociales, los revolucionarios contra todos los sistemas; son ellos, las fuerzas nuevas, las energías libres que trabajan el progreso.

## El inconsiguiente y cínico

¿Qué objeto te anima a llamarte lo que en tu práctica niegas? ¿Son así los principios de los cuales te llamas cultor y propulsador? No tienes pudor. Eres tan cobarde, que no muestras a los hombres tu hombra... ¿Por qué? ¡Ah, el armazón de carne, ciudada defensiva de todo audaz!

Yo sé que te das cuenta de que el cinismo no tiene enemigo alguno en tu alma; la honradez de conciencia la ignoras; no forma parte de tu hombra. Pero tú crees que le interesa si soy o no sincero a los hombres. Yo creo que es lo que menos les importa. Para ellos, la simulación de que dentro de mi rugen todas sus tormentas angustiadoras del hombre y de la miseria, redentor de ellos en escritos y palabras, la sinceridad de que me halaguen, me aplaudan y comenten aquí y allá... que es como toma frondosidad mi persona. Mi frondo-

sidad rechazaría la escrutadora mirada psicológica que podría secar la humedad a mis raíces amoldables en todo ambiente.

¿Para qué te llamas anarquista, socialista, sindicalista si no haz de llenar esos sustantivos con tu conducta moral? ¿Qué diablos entenderás tú por esto?

Llamándote anarquista, socialista, sindicalista, eres, sintetizando esto, un factor de progreso. ¿Cumplés tú eso? Un hombre de esos aborreca la delincuencia horrorosa de los de arriba, el sometimiento humillante de los de abajo, los vicios y costumbres inmorales, las degeneraciones todas, y por lo tanto procura su supresión. ¿Haces tú así? No, no lo haces. Unicamente si así lo hicieras, practicarías los anhelos de tu anarquismo, de tu socialismo, de tu sindicalismo; porque tus prácticas, serían el ejemplo virtual del maestro, el polen progresista, el cual le habría a los hombres al espíritu y en ellos trabajaría el entendimiento. Así serías en verdad un factor de progreso.

Luis Cuervo.

## Puntos de vista

### EL SACRIFICIO

Nuestro campo fecundo en producir adalides, es también el más predisposto a mantener malas hierbas. Hierbas viciosas que tomando copulencias de arbustos, tratan de arrollar con su fronda el producto de la labor sana.

Dónde reside la esencia del sacrificio? «En el sacrificio mismo», contestará alguien. Pues, es éste el tópico a tratar. El esfuerzo colectivo, inquieto y perseverante, de multiplicar la acción de mejoramiento humano, es el invadido por una gangrena moral que lo empequeñezze y lo desprestigia. Las ideas anarquistas necesitan de hombres integros, un verdadero factor moral, capaces de mantener en alto el laburo rojo de la creencia, para que así, los legionarios puedan erguir la frente y mirar cara a cara el sol, en complemento de orgullo y de triunfo.

Pero por un hecho que tiene su explicación, vegetan en los sitiales, los parásitos de un sacrificio que es toda una denigración. Es ésta la fistula moral que registran nuestros preciosos valores. Fistula que con sus tentáculos se aferra más y más a nuestro cuerpo, tratando de imponerse, como lo inútil trata de hacerse indispensable. Son los entes atollados de petulancia. Son los pendientes airiosos que se titulan anarquistas, haciendo del Verbo un título, cuando es un sentimiento innoato. Que apocan y miran desdoblándose la contribución genuina y hourada, de los individuos que no se prestan a ser masa de sus procedimientos.

Entendemos que el «sacrificio», es el sacrificio en toda la acepción del vocablo, pero no el sacrificarse en medrar a la sombra del sacrificio.... de los demás.

Tiene fuerza de lema eso de «preocuparse por la obra y no por el individuo», pero ésto suma una funesta tolerancia.

Su perjuicio es evidente. Sus frutos son tangibles; tocadlos con vuestras manos, observarlos con vuestros ojos. Son ellos, los «sacrificados»...

ABELARDO ESPINOSA

Chile.

## Las virtudes burguesas

### EL AHORRO

Hay una superstición de la que aún no nos hemos curado: la superstición del dinero.

No nos sentimos valientes, no nos sentimos viriles, no nos sentimos hombres, si no tenemos dinero en el bolsillo.

Nos parece que llevamos en el rostro, el pregón de nuestra balsa exhausta; somos, en esas circunstancias, incapaces de toda soberbia, de toda acometividad; somos humildes... Pisamos de distinta manera; nuestra voz suena de un modo particular, como pidiendo permiso para vibrar, y en ese vergonzoso aplastamiento de nuestro espíritu no encontramos aliento para nada... Hasta para cortear a una mujer hay que llevar un peso en el bolsillo!

Y cuando no lo llevamos,—hombres sin propiedad—estamos propensos a que se nos juzgue peligrosos; como elementos de perturbación social.

Todos los rostros se fijan en nosotros con desconfianza, al adivinar nuestra angustiosa situación de anti-sociales.

Oh! Que poder el de las miradas, que ven hasta el fondo de nuestras inútiles bolsas! Notamos como, hasta el vigilante de la esquina se vuelve para mirarnos, y sentimos su mirada indagadora clavada en la espalda, que nos sigue hasta perdernos de vista...

Y allá vamos nosotros, calle arriba, apurados y avergonzados: ¡Así somos de cobardes!

Per eso, el ahorro es una virtud en el evangelio de miles, y en el evangelio de todos, hasta de los que no la practican, porque su miseria es tanta que no cabe en ella esa otra miseria: el ahorro:

Pero es que un hombre, por sí mismo, nada vale? Nada, absolutamente nada, si no tiene algo de su propiedad; aunque sea la momentánea propiedad de un peso, producto de su esfuerzo muscular o intelectual de la jornada. Y si este hombre no se resigna a pasar todos los días un poco de miseria, (esto en burgués se llama ser previsor) para ahorrar una parte de esa propiedad, la sociedad lo arrojará como a su sobra, el día que no pueda dar más de sí; o lo hará a un lado con indiferencia, en los momentos que no le sea preciso su esfuerzo.

Y el hombre angustiado, por el temor de ser anulado como valor social, procura crearse una propiedad que lo haga real... Y así vemos la senda del ahorro, trillada por los pobres y débiles espíritus, que no acierran a crearse otro valor social que el de la propiedad.

Y en ésta forma se van gestando los burgueses más repulsivos, los más recalcitrantes amigos del orden: famulos y lacayos convertidos en señores.

Cuando todavía no han llegado, cuando aún están laborando de hormigas, suelen predicar su panacea que sirve para todos; oídos:

«Cómo queréis ganar las huelgas, si no teniendo hábitos de economía, no habeis sido capaces de reunir un fondo como para subvenir a las necesidades del momento? ¿No veis que cohibidos por la

necesidad tendréis que humillaros al patrono y pasar por todas las vilezas?

He aquí la predicación de la virtud burguesa, virtud de topes y de orugas: ¡menguados espíritus que tienen la altivez en el bolsillo! Muy caro es levantar la frente una vez, si ello se ha conseguido a costa de largas privaciones.

Son otros los valores que deben hacer digno al hombre. Debemos sentirnos valer por nosotros mismos, y no por lo que tenemos; nuestro orgullo ha de venirnos de lo íntimo, y no estribar nuestra altivez en la posesión de un peso.

Los sostenedores del régimen de injusticia y usurpación, no son tanto los que nacieron en la riqueza y no han conocido otra cosa que el lujo, como los que después de haber pasado por todas las ruindades, por todas las sumisiones, por todas las vilezas, han conseguido reunir el peculio suficiente para vivir orgando. Estos son los que más se irritan ante cualquier alteración del orden, y es lógico: si les ha costado tantas vergüenzas conseguir su posición ¿cómo queréis que la abandonen sin protesta?

El hábito del ahorro, es el hábito de vivir miserando, para sostener el actual régimen de explotación. Predicar el ahorro para combatir la miseria, es apuntalar el régimen burgués que a veces tambalea.

Yo pienso que debemos vivir sin privaciones; gozar intensamente la vida, y rodearnos de las comodidades que nos sea posible, pues el trabajador tiene derecho también de hacer vida higiénica y saludable. Y viviendo así no le puede sobrar para ahorrar; sino que por el contrario, lo que gana, no le alcanza la mayor parte de las veces, para las necesidades más imprescindibles.

Y aun sin dinero, seremos siempre altivos, por tener conciencia de nuestros méritos y de nuestro valor social como obreros. No nos parece necesario, hacer la vida del topo primero, para luego galtear y blasfamar de insolentes, no; nuestro camino es otro: aquilar valores que nos acrediten como dignos y capaces, y evitar tanto la insolencia inútil, como la sumisión vergonzante.

Finalmente: podrán objetar los del ahorro, que el obrero debía ser previsor previendo los momentos de crisis...

No os preocupe eso: que sea el trabajador consciente es lo que importa; y para esos casos, decimos con Barret: «El dinero escasea; Mejor, el que sufre medita; la cadena será abrumadora, y se imaginará con más cuidado el plan de evasión».

Rutilio Ragni.

### NOTAS ADMINISTRATIVAS

Elorz.—Pague a «Renovación» un nacional de J. Camerlo, y que aumenten a 6 ejemplares a Ramón Ferreyra.

F. F. F. — Pagado a nuestro agente 20 nacionales.

A. Bocotti.—Recibimos un nacional.

Garijo.—Recibimos de S. Pérez 5 y de B. Narea 2.

Para todo lo relacionado con nuestro semanario en la República Argentina, diríjanse a nuestro agente: Francisco Elorz, Piedras 1348.